

no se hubiese exigido antiguamente á cien religiosos.

Los tiempos son tales que no dejan elegir al cristiano ordinario entre la ruina y la perfección. Si los religiosos comprenden los signos de que son testigos, deben confesarse que la aguja del reloj del mundo se dirige irresistiblemente hacia aquel minuto en que resonará el grito: *¡Mane, Thecel, Phares!* ¡Fuera, pues, el que no responda á su fin. «Pues tiempo es de que comience el juicio por la gracia de Dios». ⁽¹⁾

(1) I Petr., IV, 17.

APÉNDICE

MISIÓN DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN NUESTRA ÉPOCA

1. Las Órdenes Religiosas ¿han terminado su misión?—Lo que nuestra época reclama de las Órdenes, no es ciertamente sincero.

Al hablar así, no pensamos únicamente en los que quisieran echar los últimos restos del Cristianismo al horno crematorio, pero sabemos que esta proposición produce ligero encogimiento de hombros en el bajo y en el alto clero.

En efecto, la opinión de que la época de los conventos ha pasado ya, prevalece de día en día. «Algunas Asociaciones que, por causa de constituciones más libres y de mayor movilidad, se adaptan perfectamente al espíritu y necesidades de los tiempos modernos, son—dícese—todavía capaces de cierta vida y cierta actividad. En otras Órdenes, especialmente en las más antiguas, pueden sin duda los particulares lograr su salvación; pero en resumidas cuentas, ha terminado su misión; están muertas».

2. La vida religiosa es imperecedera é indispensable.—Lejos de nosotros, en esta cuestión, como, por lo demás, en todas las otras, la intención de proponernos algo distinto de la verdad.

De aquí que digamos sin la menor amargura: «Admitimos que así sea para todas las Órdenes antiguas, y que, al hacer esta confesión, firmemos nuestra propia sentencia; pero esto no afecta en modo alguno á la verdad de estos dos principios, á saber, que las Órdenes son muy necesarias á nuestra época, y que la vida religiosa es indestructible.

No decimos que tal ó cual Orden en particular, ó que todas las Órdenes sin excepción, durarán hasta el fin del mundo. Ninguna Orden, aisladamente considerada, es esencial ni indispensable á la Iglesia. Todo árbol inútil del jardín de Dios debe ser cortado para dar lugar á otro más útil.

Pero la vida religiosa no perecerá jamás, porque, de lo contrario ya no sería la Iglesia lo que debe ser. Si en realidad no tuviesen ya razón de existir todas las Órdenes antiguas,—lo que no creemos—brotarían de este viejo tronco nuevos vástagos quizás de forma diferente, pero la vida religiosa jamás será destruída.

«Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado arrancada será de raíz». ⁽¹⁾ «Pero el árbol que el Señor ha plantado con su propia mano, prosperará, aunque sea quemado por el fuego y destruído por el hacha». ⁽²⁾

3. Decadencia de las Órdenes en nuestra época.—Aquí hablamos sin ideas preconcebidas y sin prejuicios. Sólo conocemos una brújula y una línea de conducta: la verdad.

Sí, verdad es; actualmente las Órdenes religiosas apenas si son sombra de lo que deberían ser y de lo que fueron otras veces. Allí donde marchaban siempre en primera fila, ya se tratase del cultivo del suelo ó de la cultura del espíritu, ya de la ciencia profana ó de la sagrada, ya del cuidado de las almas ó de la santidad personal, andan ahora cojeando, al lado del progreso, si no es que se arrastran penosamente tras él.

En una época anterior, en que la vida monástica valía relativamente más, tanto desde el punto de vista interior, como desde el exterior, decía ya un alma santa: «Lleno está ahora de conventos el mundo, pero estas casas no me agradan. ¡Ah, quién me diera derramar lágrimas de sangre sobre muchas Órdenes de ambos sexos! Destinadas están á servir á la Iglesia de Dios, pero sirven sus propios intereses y no hacen más que escandalizar al mundo». ⁽³⁾

(1) Matth., XV, 13.—(2) Psalm., LXXIX, 15 y sig.

(3) Beda Weber, *Johanna Maria vom Kreuze*, (2) 58.

¿Qué decir, pues, hoy? El espíritu del mundo las ha penetrado, se ha oscurecido el oro y han palidecido los más bellos colores. Las piedras del santuario yacen en los rincones de las calles. Los hijos de Sión, antiguamente más blancos que la nieve, son ahora más negros que carbones apagados; ya no son reconocibles; su piel se ha pegado á sus huesos; es seca y dura como madera; la corona ha caído de nuestra cabeza. ¡Desgraciados de nosotros, porque hemos pecado! ⁽¹⁾

Nadie se hará ilusiones sobre esta situación. Nuestros enemigos están llenos de júbilo: nuestros antiguos amigos se cubren el rostro de vergüenza y nos consideran como perdidos; los mejores de entre nosotros gimen y caen en el desaliento; los más débiles se resignan filosóficamente.

4. La explicación de esto encuéntrase en el estado general de la cristiandad.—Hemos hablado ya á los religiosos sobre este punto, y les hemos dicho dónde se encuentra la causa del mal, así como la manera de remediarlo.

Ahora nos dirigimos á los otros miembros del clero, y le decimos que no tienen razón alguna para mirarnos con desdén, sino que, por lo contrario, el asunto es completamente digno de su reflexión.

Con frecuencia se experimenta penosa impresión cuando entra uno en discusión con los que atacan á los religiosos y los censuran sin saber lo que dicen, pues no tienen la menor idea de las lagunas que hay que llenar. La verdadera causa de la decadencia consiste precisamente en lo que más les agrada á ellos. Adoptar sus maneras de ver y poner en práctica sus consejos, sería el medio mejor de destruir lo que todavía tienen de bueno.

Antes de censurar y dar consejos, deben examinar la cuestión más de cerca y reflexionar en que hablan aquí de un punto que tanto se refiere á ellos como á nosotros. Sería extraño que la mano despreciase al ojo, ó quisiese huir de él, porque está enfermo.

(1) Lament., IV, 1, 2, 7, 8; V, 16.

«Á pesar de su número, todos los miembros del cuerpo no forman más que un solo cuerpo». (1) «Porque no obstante ser muchos, venimos á ser un solo cuerpo». (2) «Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él». (3) Cuando en el cuerpo sufre un miembro importante, inevitable es que los otros participen de los dolores que experimenta. Si uno no se da cuenta de esta verdad, señal es de que él mismo no está sano.

Además, un mal externo puede afectar á un solo miembro, en tanto que una enfermedad interna es siempre signo de un estado mórbido de todo el cuerpo. El mal puede invadir una parte especial del cuerpo y hacerse notar en ella de un modo evidente; pero lo penetra por completo. Ahora bien, cuando un miembro de la Iglesia tan esencial como la vida religiosa está enfermo, prueba palpable es de que toda la vida cristiana ha debido perder una parte de su fuerza y de su frescor. Entonces podemos exclamar con el poeta:

«Todos hemos pecado gravemente; ha huído la gloria de nuestra frente. ¡Oh Señor!, con frecuencia se nos ha anunciado el Evangelio de la libertad, pero hemos caído en la servidumbre; la sal de la tierra ha perdido su sabor». (4)

En realidad hay en ello el resultado de un conjunto de hechos que no es posible negar. El deterioro de la vida religiosa no es imputable á ella sola, sino que es más ó menos una falta común á todas las condiciones de la cristiandad.

La familia no le proporciona ya vástagos que comprendan el sentido de las palabras obediencia, modestia, privaciones, abnegación personal.

La escuela ha arrebatado á sus discípulos los últimos restos de sencillez, y aun la capacidad de ser educados.

(1) I Cor., XII, 12.

(2) I Cor., X, 17.

(3) I Cor., XII, 26.

(4) Schenkendorf, *Bibliothek der deutschen Klassiker*, Hildburghausen, 1861, XVII, 469.

El estado general del mundo actual les ha hecho conocer, desde sus primeros años, necesidades y escándalos que siempre debieron ignorar. La tibieza en que han vivido ha rebajado su piedad y celo por la oración al nivel de apariencias superficiales y de una rutina inevitable en semejante caso.

Y así es como los recibe la Orden. Ahora bien, apenas les ha puesto el hábito religioso, cuando la opinión pública la obliga á colocarlos en establecimientos escolares ó en hospitales,—no hablaremos del cuartel—para que se formen en sus futuras funciones. Y allí ven, oyen y aprenden cosas tales que hay lugar á asombrarse de que sepan todavía lo que es vocación.

En este caso, no hay que hablar de una vocación para la vida espiritual. Situación es esta que la Orden deplora, pero que en nada puede modificar. Porque los que procuran convertirse en representantes de la opinión pública y ejercen, por el hecho mismo, la mayor influencia en la laización de los conventos,—y con frecuencia son los mismos que más se lamentan de la falta de vida espiritual en las Órdenes—son ordinariamente aquellos de cuyo favor depende su existencia: amigos de la casa, padres de niños que en ella se educan, supuestos católicos celosos que se mezclan en todo lo que no les importa, y aun á veces, representantes de la Iglesia.

¿Porqué no decirlo? Sí, á menudo son precisamente los obispos y ciertos eclesiásticos los que más perjudican á los conventos, sobre todo á los conventos de mujeres, con sus consejos y su ignorancia inoportuna. Con frecuencia, y con más frecuencia de lo que se cree, entra con ello en los conventos la inclinación mortal á querer asombrar al mundo, desplegando una actividad exagerada.

Las personas bien dispuestas con relación á una casa ó á una Orden, y aun sus protectores, tasan únicamente el valor de sus miembros de acuerdo con la actividad de que dan pruebas en la educación, en el ministerio exterior y en el cuidado de los enfermos.

Si pudiesen decir una palabra capaz de producir un mejoramiento ó de suprimir un abuso, no se atreverían á pronunciarla. Si se hacen en este sentido tentativas aisladas, que fatalmente deben fracasar, por que no son continuas, son los últimos sobre cuyo auxilio pueden contar los luchadores, y los primeros en paralizar los esfuerzos de éstos encaminados á asegurar la paz y á volver á las viejas costumbres.

Pero, que una casa quiera continuar por el camino seguido hasta entonces, y procure, por esta razón, cultivar más la vida interior, y darse menos á las cosas exteriores, no tardará en perder su protección y apoyo.

Y ¿serán las Órdenes religiosas la única causa de su propia decadencia? Por desgracia, hay muchas personas que las ayudan á descender de su altura, y muy pocas que les faciliten nuevo arranque.

Queremos echar sobre nosotros la mayor parte de la culpa; pero la verdad y la justicia nos obligan á decir que no somos los únicos culpables de nuestra decadencia.

5. La vida monástica todavía no se halla enteramente muerta.—Por otra parte, no exageremos las cosas.

No hay necesidad de condenar toda profesión á causa de algunos ó aun de muchos defectos que se encuentran en ellos.

El viejo poeta conocía las debilidades de los religiosos. Á pesar de ello, dice:

«Creo que no existe un solo convento que no contenga por lo menos dos ó tres personas que todos no miren con pena. Pero no son los que observan la regla, y los que permanecen fieles á las obligaciones de su estado, los que deben sufrir por ello». ⁽¹⁾

¡Quiera Dios que todo el mundo piense así de la vida religiosa!

Sin duda que podemos aplicar á nuestra época las palabras que el Salvador dirigía un día á Santa Teresa: «Aun-

(1) Hugo de Trimberg, *Renner*, 32, 89 y sig.

que muchas Órdenes no parezcan prósperas, no hay que creer que nadie me sirva en ellas. ¿En qué se convertiría el mundo, si no hubiese conventos?» ⁽¹⁾

No hemos escatimado ni quejas ni advertencias. De aquí que podamos apropiarnos este pasaje de un poeta:

«No dudo que muchas personas se han hecho santas en los conventos, porque no en balde una regla las pone al abrigo de muchas faltas. ¿Quién encontrará ambiente para el mal en las velas, los ayunos y el frío? En ellos no se encuentra á sus anchas el pecado. ¿Cómo queréis que un poco de agua dañe á un brasero ardiente? Lo mismo ocurre en las Órdenes Religiosas. Si hay en ellas algo de vanidad, pronto se le da de lado». ⁽²⁾

6. La primera misión que incumbe á las Órdenes Religiosas consiste en resucitar sus esfuerzos hacia la perfección.—Con esto no queremos retractarnos ni atenuar lo dicho. Sí, desgraciadamente es demasiado cierto que el fin propiamente dicho de la vida religiosa, es decir, los esfuerzos para lograr la perfección, han sufrido graves y numerosos perjuicios.

De aquí que las Órdenes deban ante todo reanimar en ellas la convicción de que constituyen el estado de perfección, y que su deber más importante consiste en los esfuerzos para llegar á ella, por cuanto ésta es su obligación profesional.

Aunque un religioso se atrajese las miradas del mundo entero por su elocuencia, erudición y habilidad en la dirección de las almas; aunque fuese el confesor más buscado, el mejor educador; aunque una religiosa fuese excelente ama de casa, enfermera incomparable, si uno ú otra, no trabajasen ante todo en santificarse, no podrían evitar la censura de haber olvidado sus deberes propios y de no vivir ya en el espíritu de su vocación; serían semejantes á rosales plantados á lo largo de un gran camino, ó á un artista convertido en marmitón.

(1) Teresa, *Leben*, XXXII.

(2) *Passional* (Köpke) 515, 32 y sig.

Por el contrario, un religioso ó una religiosa pueden quedar reducidos á la inactividad por una enfermedad, y decirse con amargura que comen un pan que no ganan, que viven á expensas de otros. Sin embargo, desempeñan su cargo, y son dignos de estima y de veneración, sólo con que empleen sus ratos de ocio en orar, en practicar la paciencia, la abnegación personal y la humildad.

Ahora bien, si esto es así, jamás se insistirá suficientemente sobre el principio de que las Órdenes tienen un fin peculiar á su estado.

7. Fin propio é independiente de las Órdenes.—

No decimos que tengan un fin distinto del de la vida cristiana. Nos hemos extendido bastante sobre este punto para volver á él. Pero decimos que, por causa de su profesión, han hecho de la empresa general del cristiano su misión particular, y que, precisamente por esto, tienen una situación á parte en la cristiandad, por consiguiente, el derecho de existir y no verse obligados á rescatar este derecho con ocupaciones accesorias. ⁽¹⁾

Á veces encuentra uno hasta obispos que parece que olvidan esta verdad, cuando dicen que las Órdenes no son completamente superfluas como auxiliares del clero secular, pero que, fuera de esto, no significan gran cosa, que un aumento en este último les es agradable, pero que un aumento de religiosos en el convento les es indiferente, y que una nueva parroquia les parece más importante que toda la actividad de los religiosos.

Así, pues, no hay que asombrarse de que el clero mire con frecuencia á éstos como auxiliares que, á causa de las prácticas á que están obligados, están desgraciadamente impedidos de consagrarse por completo al cuidado de las almas.

Con todo, lejos de nosotros la idea de dirigir grande censura á las personas aludidas, ya que nosotros mismos estamos á veces lejos de comprender como es debido la verdad que aquí tratamos. La frase de aquella re-

(1) Cf. H. von Seedorf, *Die wahre und die falsche Ascese*, 128 y sig., 133.

ligiosa que decía que nuestra época exige que nos hagamos útiles aquí bajo, y que esperemos el otro mundo para vivir en la piadosa ociosidad de los antiguos, es más frecuente de lo que se cree, y muestra que hemos olvidado nuestro propio fin.

Pero esto es desconocer la verdad, lo cual puede producir las más funestas consecuencias.

Prueba es esto de que arrastramos siempre con nosotros la herencia que nos ha legado el racionalismo. Compréndese que en aquella época en que se había perdido toda idea elevada y espiritual sobre el hombre, hasta el punto de que, para hacerse lo más útil posible, se le creyese obligado á legar su piel al morir para que la convirtiesen en cuero, no se reconociese á esos monjes perezosos, á esos parásitos de la vida social, á esos conventos, nidos de inútil fanatismo, el derecho de existir más que en el caso de que consintiesen en prestarse á cosas para las cuales no encontrasen obreros, aun dándoles crecido salario.

Pero hoy nos es preciso elevarnos por encima de tan bajas maneras de ver. Preciso es que lo sobrenatural vuelva á entrar en sus derechos, hay que resucitar la convicción de que el estado religioso lleva en sí mismo un fin. De ello dependen en gran parte la prosperidad y la fuerza futura de la vida cristiana.

¿Qué han ganado, pues, las Órdenes desde que se prestan en todas partes como auxiliares en los cuidados de las almas y como institutores de la juventud? Helo aquí. Al lado de excepciones respetables, han proporcionado maestros medio tolerables, párrocos medianos y religiosos gastados, que no eran, y que con frecuencia no querían serlo, lo que debieran ser por su vocación, que no podían convertirse en lo que querían ser, al descuidar sus propios deberes de estado. En una palabra, este cambio de cosas, que ha impulsado á toda la vida religiosa á la exterioridad, y ha suprimido la vida interior, ha producido el resultado de que, aun la inteligencia de lo que debería constituir